

HOMENAJE A UN MAGISTRAL APRENDIZ DE DISCIPULO

Para Luis Rosales las palabras no son jamás un puñado de calderilla. Una conversación con Luis Rosales no puede ser trivial. Tampoco puede ser solemne. Rosales es un hombre socrático: para Sócrates, para Rosales, las palabras son un acto de libertad y una tentativa de amor. Que Luis Rosales, hable de lo que hable, encienda siempre el tema de la libertad, es algo ni casual ni premeditado; es constitutivo. Que sus palabras estén siempre desalienadas y al mismo tiempo sancionadas por la humildad y el coraje que preceden a la misericordia, es algo ni casual ni premeditado; es algo acumulado, algo que sucesivamente hereda de sí mismo. Amor y libertad son los dos temas de Rosales; los únicos, el único. En Luis Rosales el amor, la libertad, el lenguaje, constituyen, indivisibles, su pasión cotidiana. Por todo esto, conversar con él es, aunque inadvertido, un evidente privilegio —que tenemos que merecer. No quiere esto decir que Luis Rosales les ponga precio a sus palabras (jamás he visto un hombre más adicto a la medicina de la conversación), sino que, hablando con él, se comprende la necesidad de procurar un valor a las nuestras.

Aunque —ya lo he dicho— Rosales sólo habla con amor y de la libertad, a veces esa moneda de su tema —con la que paga por vivir— se alecciona con nombres como éstos: Machado, Cervantes, Dostoiewsky, Kafka, Shakespeare, Quevedo, Bécquer, César Vallejo, don Jorge Manrique... La grandeza de Rosales consiste —también— en mostrarnos cómo los grandes nos contemplan, nos favorecen y nos exigen. Rosales sabe que en la sazón del fruto que presume en el lugar más remoto del árbol está presente la enterrada raíz. Como es socrático, lo que sabe lo comunica. A veces lo proclama; entonces comprendemos que libertad y raíz para Rosales son la misma cosa —una deuda sin fin que casi a modo de milagro nos constituye como hombres y que no deberemos permitir que se devalúe; así, nuestra vida consiste en no consentir ni consentirnos a nosotros mismos que descienda el valor de la libertad. O con otras palabras: la libertad, el

amor, el lenguaje (la vida verdadera), a través de algunos nombres hermosísimos y gigantescos, pueden llegar a ser nuestras raíces—si nosotros amamos la libertad, el amor, el lenguaje. Con palabras liberadoras, Luis Rosales ama esas tres raíces, que son una misma raíz. A veces, casi siempre, las ama en las obras de esos maestros, de los cuales dijimos que tienen nombres hermosísimos: Machado, Cervantes, Dostoiewsky... En su conversación o en su obra escrita—dos formas de un calor unánime—, Rosales siempre ha dado fe de sus raíces, de sus maestros—de un modo verdadero y permanente: haciéndose raíz. Y a esto, con una orgullosa modestia y de manera magistral, él le llama ser «aprendiz de discípulo».

Hemos de suponer que para alcanzar a ser aprendiz de discípulo hay que comenzar por reconocer al maestro e inmediatamente proclamarlo; reconocerlo nada más es ser mal hijo. Luis es un excelente hijo: La casa encendida, El contenido del corazón memoran y honran a los padres de Luis y a la madre del hijo de Luis (en la obra de Luis Rosales todo es padre, madre, raíz). En cuanto a esos que llamamos hermosísimos y gigantescos, son ya abundantes los volúmenes, las horas y los años que Luis les ha entregado, que Luis les ha devuelto. Se diría que la vida majestuosa, llena de siglos y de nombres, «más junta que una lágrima», llega hasta Luis Rosales y por un instante se aquieta; se diría que él la toma, la junta un poco más y la reintegra: «porque lo vivo ero lo junto». Machado, Cervantes, Dostoiewsky... En su conversación o en su obra escrita (sus dos maneras de calor unánime) Luis Rosales ha honrado mucho a sus raíces. Entre otras formas, haciéndose raíz. Y desde luego, haciéndose raíz para quien esto escribe.

Por todo esto, mi querido Luis, en esta hora de tu homenaje se me ha ocurrido que esas tres estampas que siguen, sobre los tres maestros a quienes más te he oído proclamar, no eran menos que lo que pide el homenaje: un acto de cariño y respeto. Si, como he pretendido mostrar, nada es más rosaliano que las raíces (es decir, la inteligencia y la misericordia), este recuerdo a esos tres geniales y misericordiosos escritores, tan amados por ti, es mi mejor abrazo. Es también un eslabón más de nuestra dilatada conversación: esa cadena que tan fuertemente nos sujeta a la libertad.

EL FRIO

... un sueño en que se llora, en que descansa
el corazón llorando.

LUIS ROSALES

Conviene al propósito de esta página—y conviene también a la verdad—que imaginemos casi intolerable el frío que la noche del 27 de enero de aquel año arroja sobre los Pirineos. En la geológica frontera que separa Francia y España existe una estación de ferrocarril —que no conozco y que por ello no puedo recordar. Para pensar en aquella estación tengo que recurrir al recuerdo de otras. Una acude con rapidez y casi con voracidad: es el ferrocarril de Cinco Casas, un pequeño pueblo manchego, donde fui desdichado durante ilimitados segundos. La causa de esa pena —sucedida en un sueño— era la soledad. Verá, don Luis: yo tenía que llegar a Argamasilla de Alba a primera hora de la noche. Mi amigo Félix Grande me había gestionado una conferencia en ese pueblo cervantino (la memoria y el corazón son arbitrarios; he olvidado la fecha en que murió mi hermana, pero recuerdo el título de aquel extraviado trabajo: *Cervantes en la obra de Antonio Machado*). Había salido de Madrid en uno de los trenes de Andalucía; hube de trasbordar en Cinco Casas y ahora esperaba la llegada del tren que me llevaría a ese pueblo en que estuvo preso Cervantes; pero ese tren se demoraba y comencé a temer, sentado en la penumbra de la cantina, que el retraso me hiciese llegar a destiempo. Con ese temor me dormí; era una tarde de verano cálida, espesa. Aún me recuerdo entrando en el sueño con un verso lamiéndome los párpados: «fue una tarde lenta del lento verano». Ya dormido, habría de ver un desatendido jardín, una cancela anónima entre hiedra, una fuente infinita, un hombre mirándolo todo con agradecimiento y con pesar (eran el jardín, la cancela, la fuente, el protagonista del poema). Hace de esto ocho años y recuerdo completo el sueño. No voy a referirlo sin discriminación; me interesa sólo mencionar el final. Es éste: varios familiares y amigos y algunos rostros de innominados enemigos borrosos me esperan en una calle de Argamasilla de Alba para decirme —los unos sin sosiego, los otros sin piedad— que no puedo quedarme allí—son, por cierto, pocas figuras, pero en la pesadilla aturden o amenazan como una multitud. Los miro —a esos escasos seres— y tengo la sensación de que son todas las gentes de mi idioma. Me sé a la vez dormido y soñando y sufriendo y persuadido de que de ese sueño no podré despertar para llamarles patria. Recuerdo con atolon-

dramiento que me llamo Horacio Martín, y desde las galerías llegan velozmente unas palabras: *quiso la muerte sonreír a Martín y no sabía*. Pienso explicarle a esa desmedida multitud, a la que ahora se incorporan seres quietos, pálidos, tristes —¡muertos!—; pienso aclararles que con un poco de generosidad, oh, sí, apaciguarlos, tranquilizarlos... —y las diez, doce figuras, que son un mar de vivos y de muertos (¡pero morir será también no poder memorar los muertos!), callan, aguardan unas cuantas palabras verdaderas, que esta vez no logran nacer. Brilla un balcón en la desierta plaza. Intento gritar a mis adorables y dolorosísimos mudos «¡El muro blanco y el ciprés erguido!», pero nada sale de mi boca, a la que ahora se acerca un vaso de sombra —¡oh pura sombra!— lleno. Con infinitas ganas de llorar vuelvo la espalda y camino hacia el tren, que ya asoma en la lejanía y que apenas se configura; sin embargo, a través de una aún invisible ventanilla de un todavía invisible departamento aparecen, nítidos, exactos —emocionantes— el príncipe Liov Nicoláyevich Mischkin y don Alonso Quijano el Bueno; lloran conmigo y me llaman Abel. [Compruebo, don Luis, que no logro expresar la pena, el espanto de esa pesadilla; créame entonces bajo mi palabra de honor.] La desilusión de un enfermo avanzado acaso no es más honda que el dolor de aquel sueño, un dolor que aún me untará el corazón con colores espesos cuando, al despertar, vea acercarse hacia la estación de Cinco Casas el tren que habrá de llevarme a Argamasilla de Alba. Me levanto de la silla y me alejo unos pasos de la cantina por el desierto andén. Miro en redondo y cosecho una extenuante melancolía. Todo en esta llanura es tierra parda, demasiado humilde, aplastada por el cielo y la fatiga de partos sucesivos. Alguna viña verde no logra aminorar la soledad de estos ocres que conversan con el silencio de modo clandestino, con temor. Muy lejos, junto al resignado horizonte, una figura parece avanzar hacia el Poniente; la distancia es tan grande que se piensa que esa figura nunca podrá llegar a donde va; huérfano de la tierra. Podría ser Azorín, resucitado, enigmático, buscando la infancia de los clásicos. O un viudo o una viuda que demora sus años en el campo, desvariando, hablando a solas, siempre lejos. O un loco. Hay sol, silencio, calma, muerte y magia en La Mancha. Y siento que no comprendo nada; que el tiempo me atraviesa, horadando mi corazón, dejándome arrugas fatigadas y recuerdos maltrechos, en medio de un espacio ilegible y conmovedor, y ese espacio es el mundo. Entonces siento que llorar ya no puede expresar a esa pena. No se la puede traducir. Se la siente y tal vez se muere de ella. En ese instante miro las vías del tren, el andén,

unos escasos rostros de viajeros en duermevela, toda esa silenciosa estación, algunas nubes de una gasa disuelta, el cielo infinito, azul, emocionante y tenebroso. «Quiso la muerte sonreír a Martín y no sabía» (...). Ya imaginé, don Luis, que no sería capaz de articular aquella emoción que me llenaba de un saber incomunicable y doloroso y que, según creí entonces, allá en aquellas tierras cervantinas, fue lo más mío que tuve jamás. Y tampoco acerté con esa reflexión: nada es nuestro (y nosotros somos del tiempo). Todo es prestado y más que nada el corazón. Hace ocho años, al subir a un tren en la soñolienta estación de Cinco Casas, en dirección a un pueblo ilustre, en donde había de hablar de dos geniales melancólicos, llegué a pensar que la melancolía que me acariciaba todo mi nombre era más mía que ese mismo nombre. Nada es nuestro. Todo es prestado y más que nada el corazón. Existe un libro en donde está majestuosamente expresada esa melancolía que tantas veces en el libro y en mí pude encontrar y que llegó a ser mi identidad en una tarde quieta, hace ocho años. Fue en mil novecientos sesenta y tres, en un andén, en verano, con mucho sol. Si nosotros somos del tiempo, tal vez el tiempo tenga mayor misericordia que los hombres y yo consiga ver alguna vez—siquiera con el alma—algo que sucedió una noche de enero de mil novecientos treinta y nueve, en invierno, con mucho frío, y que prefigura una tarde, un sueño, un horror. En mayo de 1966, en el número 343 de *La Estafeta Literaria*, escribe Corpus Barga: «Antonio Machado, su madre, su hermano Pepe, el pintor, y la mujer de éste pasaron la noche en la estación de Cervère, en un vagón de ferrocarril; no había otro sitio donde alojarse.» No cuesta nada imaginar aquella noche: frío, soldados, éxodo, penuria, seres amontonados aguardando el amanecer, con la esperanza puesta en el exilio. Que el tiempo, más misericordioso que los hombres, me lleve a aquella noche, a aquel vagón, y pueda allí—siquiera con el alma—besar las dos mejillas de don Antonio, antes que se me muera.

UNA QUEJA «MAS JUNTA QUE UNA LAGRIMA»

Cuando llegue la noche y sea la sombra un báculo...

LUIS ROSALES

De hoy en pocos años, y por los siglos de los siglos, la sola mención de mi nombre provocará la carcajada o el aborrecimiento de los lectores de un hombre de genio. El nombre que recogí de mis antepasados será pronunciado como bostezando o escupiendo, y en él se odiará a mi funesto oficio y a las leyes que lo reclaman—pero también a mí. Este nombre mío, hasta ayer socorrido por la compasión del anonimato y pronunciado con una beneficiosa mezcla de respeto, indiferencia y cortesía, como corresponde a un no muy sobresaliente servidor de mi rey, nombrará en adelante y con justa brutalidad el suceso más grotesco que la cultura ha tolerado nunca. Y la cultura no dejará eternamente de vengarse de ese ultraje—también eterno—en que se han convertido mi nombre, mi persona, mi estirpe y mi destino. Cuanto mayor sea el agradecimiento de los tiempos hacia ese hombre maravilloso, autor del libro más profundo que diera la lengua destas tierras, tanto mayor será el desprecio que todos cuantos construyen y aman la cultura arrojarán sobre mi vergüenza, una vergüenza obligada a ser, como aquel libro, gigantesca y profunda. Pero ni el tamaño de mi desazón logrará serme excusa ni la antigüedad de mi oficio podrá justificar cuanto de infame existe en mi oficio y en mí, ni la inocencia de mis antepasados evitará en ellos la mancha que hoy se escurre desde mi nombre hasta sus tumbas, ni el dolor con que escribo esta página habrá de preservarme del enojo de la inmortalidad. Aún ayer, las palabras formularias con que indico haber efectuado mi trabajo a lo largo de un libro ajeno eran palabras casi invisibles o, a lo menos, triviales; paradójicamente, esa trivialidad convertía mi vida nebulosa en una certeza modesta. Hoy, esa certeza titubeante quedará triturada; y, de una sola vez, y merced a unas pocas miserables palabras estampadas en el pórtico de otras palabras infinitas, mi vida entera pasará a ser mentira. Y nada en mi pasado logrará desmentir que mi nacimiento y mi transcurso fueron un simultáneo embuste. Sólo esta página habrá sido verdad, mi única verdad, a condición de que le siga el coraje de destruirla. Incendiaré, pues, estas frases aferradas a mi corazón como un moribundo a una mano, y en esas mismas llamas, ya que no mi memoria, arderá mi sentido. Así, únicamente me sobre-

vivirán mi vergüenza y mi embuste. Sé ya que para mí el porvenir es un infierno en donde cada día que amanezca sobre la tierra será un nuevo castigo. Y se agrega a esa cadena de venganzas la infinita tristeza de que jamás nadie sabrá que yo también he sido acariado por la grandeza de ese libro; que aunque ese libro, unido a mi ofensiva profesión, me arrasa por entero y sólo me preserva como un dato grotesco e indigno, doy por buena esa desafortada desgracia a cambio de haber sido uno de los primeros en obtener el privilegio de sentirse grande por la sola lectura destas páginas, en donde se sembró la grandeza. Sí, yo también, el que por siempre será reflexionado con irritación o con burla, aquel sobre cuyo nombre caerá el recuerdo más despiadado, como un exterminio que no cesa ni cede, yo, el símbolo inmortal de lo insignificante, yo, el que un día de mil y seiscientos y cuatro años advirtió horrorizado que jamás había sido ni era nada, y que ese no ser nada se dilataría durante la atroz acusación que componen los siglos, yo, el más inconcebible, repugnante e inútil usurpador de la labor de un genio, yo también, Dios Todopoderoso, yo también comprendí, sentí, amé y agradecí mediante un libro al que en este momento y para siempre mancillo con estas palabras ultrajantes que a un tiempo me graban y me borran: *«Este libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original; en testimonio de lo haber correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de diciembre de mil seiscientos y cuatro años. EL LICENCIADO FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA.»* Que Dios Nuestro Señor tenga piedad de mi máscara y me conceda siquiera un asomo de la comprensión de los hombres, ya que jamás me será deparado su perdón ni su olvido. En cuanto a don Miguel de Cervantes y Saavedra, bien me sé que entiende mi amargura y me mira desde muy lejos y desde muy cerca con serenidad y compasión, sentado entre los siglos, el cansancio y la gloria.

PARA LA HISTORIA DE UNA SED

... esta es la historia de una sed, Dios mío!

LUIS ROSALES

En la página 115 de un volumen que el Instituto del Libro, de La Habana, en 1968 quiso —ignoro por qué— disputar al olvido, un mediocre famoso, denominado William Somerset Maugham, escribe estas multitudinarias palabras: «Dostoiewsky era vanidoso, envidioso, suspicaz, rastrero, egoísta, jactancioso, informal, desconsiderado, mezquino e intolerante. En suma, poseía un carácter odioso.» Maugham hablaba a miles de lectores: esas palabras, de una sordera avariciosa, alcanzaron así una numerosa valentía. Quizá es de lamentar que algo más adelante nuestro avariento inglés cuestione ese coraje con la cautelosa información de que *Los hermanos Karamazov* le parece, en líneas generales, un libro importante. El elogio, tal vez por su falta de pasión, conlleva más rigor que el insulto—aunque en ambos casos la falta de originalidad es homogénea. Pues no es ésta la primera vez que se ha desmitificado a Dostoiewsky. En 1838, el gran duque Mijaíl, contrariado porque el joven Fiodor omite darle tratamiento de alteza imperial, en vez de mandarlo decapitar, caritativamente pregunta: «Pero, ¿por qué me han traído a ese idiota?» Es permisible imaginar que la venganza de aquel epiléptico habrá de durar siglos: *El idiota* se publica en 1868: han pasado 103 años y aún sigue rejuveneciendo. Pero la venganza llegó ya excesivamente envejecida.

Quizá Dostoiewsky no sería el más turbulento novelista del siglo XIX si hubiese gozado de venganzas menos envejecidas. Una venganza pronta no colabora en la escritura de un gran libro, pero también aleja a un gran rencor. Es cierto: en Dostoiewsky no abunda el rencor, y acaso únicamente lo impidió su grandeza: ocasiones de odiar no le faltaron. Y, ciertamente, antes o después la venganza sobrevenía. Pero ya no era él: él andaba enfebrecido escribiendo novelas aproximadamente incalculables, arrastrándose a los pies de Polina Suslova, alimentando a la esposa y a la amante de su difunto hermano Mijaíl y a los hijos de ambas, arruinándose en la ruleta, enriqueciendo a los editores, ganándose a pulso el raro privilegio de escribir palabras en un idioma para que años después otros idiomas las buscasen. Todo esto, debemos pensarlo, no le dejaba tiempo para

organizar las venganzas que merecía. Casi siempre con un fatigoso retraso, las organizaba ese misterioso tribunal al que llamamos el destino y cuyos implacables miembros tal vez sean nuestros actos, todos nuestros actos. Los actos fundamentales de Dostoiewsky —es decir, los de consecuencias más duraderas— fueron sus libros. Ellos posibilitaban la siguiente venganza espléndida: en 1850 Dostoiewsky ingresa en el penal de Omsk, en Siberia. Un día de ese mismo año, por un motivo asquerosamente arbitrario, es castigado en el cuerpo de guardia. «Al día siguiente —anota Cansinos Asséns— se dijo que había muerto a consecuencia de los azotes. Lo cierto es que estuvo en el hospital y que allí le dieron por muerto. Cuando por fin volvió al penal, sus compañeros lo saludaron: *El cadáver.*» Esa noche los habitantes del barracón verán retorcerse a Dostoiewsky y, tras violentar su repugnancia y su terror, lo atarán a su petate para que no se descoyunte. Bien, dejémosle así, en un ataque de epilepsia, sobrevenido tras la afrenta de una paliza. Demos un salto de unos treinta años. Ahora está quieto, sin espuma. El féretro se ha colocado en el templo del monasterio de Aleksandr Newskii. Es la noche del 31 de enero de 1881, y el cadáver de Dostoiewsky ha sido acompañado —absorbido— en las calles de San Petersburgo, por una muchedumbre de treinta mil personas. Como venganza contra aquella remota afrenta padecida en el penal de Omsk, basta la imagen de un féretro extraviado en un fervor innumerable. Pero una observación dilatará aquella venganza, aquel fervor: el templo donde pasa la noche el féretro con el cadáver de Dostoiewsky se ha llenado de estudiantes, admiradores, compañeros; Anna Grigórievna, la última mujer del novelista, escribirá más tarde en sus *Recuerdos*: «Cuando a la mañana siguiente llegan a la iglesia los encargados de barrer el templo, no encuentran en sitio alguno de él una colilla.» Conviene a la justicia y también al honor de nuestra memoria que recordemos *ahora* a Dostoievsky en el cuerpo de guardia del penal, sangrando bajo los latigazos. Imaginemos —mientras un ávido respeto impide fumar a estos muchachos— que es posible trasladar a aquel azotado desde Omsk a San Petersburgo, en el tiempo y en el espacio. Con solicitud, con ternura y con el cuidado necesario para no lastimar sus heridas ni reavivar su humillación, lo hemos depositado en el monasterio, junto al féretro en donde yace: nadie lo ha advertido. Ahí están: Fiodor infamado por los azotes, poco antes de caer bajo una crisis epilepsíaca, y Fiodor ilimitadamente respetado por quienes velan su cadáver. El uno junto al otro, muy despacio, para que no se advierta. Ahora sonará el alarido. ¿Cuál de los dos Fiodor tiene el ataque de epilepsia? ¿el cadáver, el moribundo? ¿el respetado, el infamado?

El féretro se ha movido escasamente unos centímetros, y no lo ha visto nadie. Un cadáver con un ataque de epilepsia es algo que conviene no ver. Sólo Fiodor, maltrecho, carcelario, misericorde, mira con bondad hacia ese rostro y ese cuerpo que vagamente reconoce. Y se limpia unas lágrimas. También es muy difícil averiguar si quien llora es el muerto.

Diminutivos, exclamaciones, incisos, suspensivos: la prosa de Dostoiewsky está sembrada de jadeos. Muchos de sus personajes hablan enfebrecidos, viven enfebrecidos: esa fiebre calienta su prosa. Esa fiebre, ese jadeo, parecen recorrer vastamente su vida e incluso la prehistoria de su apellido: un Dostoiewsky remoto, aliado a su familiar el príncipe Kurbskii, tiene por enemigo a Iván el Terrible; en el siglo xvi, «una María Dostoiewsky es condenada a muerte por haber asesinado a su marido y atentado contra su yerno». Más tarde, miembros de esa larga y jadeante familia irán a los Tribunales «por haber hecho una incursión armada y sangrienta en las tierras de unos vecinos», o se establecerán en Volhina y resistirán con las armas a la penetración polaca. Ya en vida de Fiodor (cuyo nacimiento, por cierto, tuvo lugar en el Hospital de Pobres de Moscú), serán abundantes los acontecimientos trágicos que lamerán su vida como una llama testaruda: en 1839 Mijaíl Andreyévich, padre de Fiodor («terror de sus esclavos, era fácil al llanto y adoraba la música», anota Levinson) es asesinado por sus siervos—los habitantes de la aldea Darovoye—, por déspota; abundan los biógrafos de Fiodor que localizan en esa fecha su primera crisis epilepsíaca. El 16 de noviembre de 1849 un Consejo de guerra condena a muerte al novelista por actividades subversivas como miembro del círculo de Petrachevsky; el 22 de diciembre, día de la infame farsa del fusilamiento (las emociones de la «resurrección» harán que uno de los condenados, Grigóriev, enloquezca), segundos antes de la descarga, como es sabido, llega el indulto que le condena a cuatro años de presidio en Siberia: los cumple íntegros. Imaginémosle también arrodillado ante Polina Suslova, suplicándole un poco de amor y unas monedas para jugar en la ruleta. En tres meses mueren su primera mujer y su hermano Mijaíl. En otros tres nace y muere su hija Sofía. En el año siguiente nace y muere su hija Diubova. En 1878 muere su hijo Aleksiei. Ya no habrá en su vida más desgracias particularmente espantosas. Ya no habrá más jadeo: Dostoiewsky muere en el invierno de 1881. La furia que viene mordiendo su apellido quiere que doce años después, en el invierno de 1893, su hermana Bárbara Mijailovna sea asesinada y que su cadáver arda en su casa en llamas. Ni aun en la descrip-

ción de situaciones amorosas: la prosa de Dostoiewsky jamás se mostró sosegada. Lo que la anima es el terror. Pero con ese lenguaje tan amamantado en el pánico creará uno de los seres más bondadosos de la literatura universal: Liov Nicoláyevich Mischkin. Si no inexplicable, por lo menos es sorprendente. Pero esto, lo sorprendente, en Dostoiewsky es cotidiano.

Sorprende que un hombre que señala merecedoras de destrucción a casi todas las instituciones (Ojcharúmov, camarada de Fiodor en la época del círculo de Petrachevsky, hace esta competente relación: «la familia, la propiedad, el Estado, las leyes, el ejército, las ciudades y las iglesias»), años después sea un tenebroso apologista del sufrimiento y la resignación. Sorprende que el hombre que encontraba a Durov «religioso hasta el ridículo» sea el mismo que en el lecho de muerte entrega a su hijo una de las Biblias más usadas de toda Rusia. Sorprende que el hombre capaz de bajar a la calle con una bandera roja (lo asevera un miembro del círculo de Petrachevsky), aquel a quien el socialista Bielinsky había bautizado como el creador de la novela social, sea algo más tarde la única inteligencia genial que defenderá al zar contra los jóvenes: y sorprende que esos jóvenes algo antes seguidores suyos, sean poco después sus entusiastas y, finalmente, se desgarran las ropas en la tentativa de acercarse a acariciar las maderas del féretro. Algo menos sorprende esto: el defensor de las tradiciones eslavas no consigue en sus libros aplastar a las ideas revolucionarias que combate. Acertadamente escribe Charles Corbet: «Aunque proponiéndose en abstracto defender el orden contra la revolución, Dostoiewsky describe un cuadro tal de los hechos relacionados al orden, que ni aun los nihilistas lo superan en severidad». En consecuencia, produce indignación pero ya ninguna sorpresa el saber que el zar Alejandro II—el destinatario de las promesas de respeto y de sumisión que Dostoiewsky ha escrito con la misma mano que sus obras—ordenó que un policía vigilara perpetuamente a ese corresponsal hasta el fin de sus días. Henry Troyat proporciona información de este hecho innoble, que es a la vez una iniquidad y una prueba de congruencia: desde que cesa el confinamiento de Dostoiewsky en Semipalatinks hasta unos meses antes de su muerte—es decir, por espacio de veintidós años—el teórico de la Rusia eterna y defensor del zar será vigilado por un miembro de la policía secreta zarista. Sólo durante la apoteósica celebración del primer centenario del nacimiento de Puschkin se decretará que cese ese espionaje: Dostoiewsky es ahora el símbolo de «el alma rusa». Una inverificada información propone que el vigilante de Dostoiewsky haya

sido siempre el mismo, que ese policía haya acabado por amar al ex prisionero, que el día que recibe la orden de abandonar su vigilancia se sienta perdido en la insignificancia y el vacío, que a partir de ese día persiga por las calles a Dostoiewsky desde lejos, ya no por obediencia a sus superiores, sino por amor al viejo artista, que el día del entierro del remoto conspirador lllore anónimamente entre la multitud y que, finalmente [se asegura que el novelista Juan Benet ha prometido escribir un libro sobre este maniático malentendido y con ese clandestino amigo de Fiodor como protagonista], cuando el féretro queda bajo tierra, los discursos cesaron y los acompañantes abandonaron el cementerio, mientras la noche invernal empieza a apagar el rumor de San Petersburgo, un policía ya viejo se ha sentado junto a la tumba de Dostoiewsky, llorando desesperadamente y con un puñado de tierra apoyado contra la boca.

Tierra en la boca. Muchas veces Dostoiewsky ha tenido tierra en la boca. Literalmente: durante algunos de sus ataques de epilepsia. Figuradamente: por algunos de los acontecimientos que lo hicieron genial y desdichado. Tal vez ni uno solo de sus biógrafos omite señalar que cuando Dostoiewsky viajó a Europa con la joven Polina Suslova, su esposa María Dimitrievna quedaba malherida por la tuberculosis. Aunque ese viaje sería para Dostoiewsky una apoteosis de la humillación y la derrota, tampoco omiten que María Dimitrievna moriría poco después de las fechas del regreso de su marido. No hay razón para omitirlo, pues es cierto. Y señalarlo es ejemplar: pero no misericordioso. Más que otros hombres, Dostoiewsky necesitaba de la misericordia; hemos llamado jadeante a su destino: debimos llamarlo bestial. El suyo debe de haber sido uno de los sueños más inquietos del penal de Omsk, pues su cerebro fue enigmático. Veámoslo: dos años antes de su muerte empieza a publicar *Los hermanos Karamazov*; en ese libro todos los hermanos se sienten culpables del asesinato del anciano Fiodor Paulovich, y uno de ellos, altanero, pregunta en el juicio: ¿quién no ha soñado alguna vez con matar a su padre? Esta horrible pregunta la ha escrito Dostoiewsky. Importa recordar que el asesino directo de Fiodor Paulovich es el único de los hermanos que padece epilepsia. Pero más aún importa recordar que abundantes biógrafos creen encontrar el primer ataque epiléptico de Dostoiewsky justo en las fechas en que su padre es asesinado por sus siervos. Que Fiodor castigase así alguna perpleja solidaridad con los asesinos es sólo una hipótesis que algunos comentaristas no se resignan a ocultar. Que Fiodor, por aquellas fechas, se negó herméticamente a comentar con nadie ese seísmo familiar, es un hecho que habitualmente los comentaristas re-

señan. Durante cuarenta años, únicamente Dostoiewsky sabrá lo que taponaba su propio laconismo, hasta que en una novela, de manera aterradora y arrogante, alguien preguntará: ¿quién no ha soñado alguna vez con matar a su padre? El origen de ese instinto de culpa —o de venganza— es resueltamente nebuloso. Torres Bodet, interrogando a un libro de Jacqueline Arban, señala la existencia de «algunas cartas cuyo texto parece indicar, por parte del novelista, una afición sádica hereditaria». Además: el capítulo noveno de la segunda parte de *Los endemoniados*, «La confesión de Stavroguin», permaneció inédito en vida del autor: éste desistió de algún riesgo que advertía en su publicación; en ese texto voraz, es sabido, se narra la violación de una niña. El episodio no se aclaró jamás. Sobre la sexualidad del doctor Mijaíl Dostoiewsky la información es nula. No hablemos más de todo esto. No llegaríamos a ninguna parte: nos falta documentación, nos falta rigidez moral —nos falta, también, confianza. Todo esto es nebuloso. Pero algo está muy claro: el cerebro de Dostoiewsky fue enigmático. Tanto como para pensar que vivió con un puñado de tierra apretado sobre la boca, mordiéndola o besándola. Nosotros, los que formamos la infantería de la literatura, cuando con avaricia soñemos componer un gran libro, haremos bien en recordar que la genialidad es combustible y que el dolor la enciende: que ellos no son privilegiados. Alguien les ha llamado santos: por lo menos son mártires. Dostoiewsky fue millonario en humillación, padecimiento, miseria, angustia, culpa y otros animales nocturnos. La felicidad se le dio de limosna.

Hemos hablado de venganzas, y también de limosnas. Al final del primer capítulo de las *Memorias de la casa de los muertos* escribe Dostoiewsky: «—Ande, desgraciado, tome, por amor de Dios —gritó plantándose delante y poniéndome la moneda en la mano. Yo tomé la moneda, y la niña, ufana, regresó con su madre. Aquella monedita la llevé mucho tiempo conmigo.» En su *Diario*, Jules Renard compone una página memorable en la que vemos cómo Paul Verlaine, anciano y solitario, cercano ya a la muerte, con su viejo Racine en el andrajosito bolsillo, se arranca de las manos un poco de su piel enferma. No es menos tempestuosa la imagen de Fiodor Dostoiewsky recluido en un penal de Siberia, con veintinueve años de edad y tomando con emoción una limosna. No sabemos por qué la guardó durante mucho tiempo: posiblemente, porque esa moneda fue lo más cordial que la vida le acercó en esos años. Pero entonces, ¿cómo han sido esos años? Es muy fácil: horribles. Vamos a abandonar a Fiodor en el penal de Omsk otra vez. Mirando una moneda. Con acaso unas lágrimas vol-

viéndosele escarcha en las mejillas. También, dejémosle vengarse. Henry Miller, en alguno de sus libros impetuosos, asegura haber leído que en el día del entierro de Dostoiewsky la violencia del fervor de la muchedumbre motivó que el sarcófago perdiera el equilibrio, que la tapa se separase, que el cadáver se derramara por ese suelo amado. «A las palabras de amor / les sienta bien su poquito / de exageración» —recomienda, más que descubre, don Antonio Machado. Si miente —y no es seguro—, Miller miente bien poco; todos los biógrafos coinciden en abarrotar las calles de San Petersburgo con muchos miles de acompañantes del cadáver; la gigantesca ausencia de colillas en el suelo del templo es un dato de Anna que confirman otras memorias; el sarcófago pudo, pues, naufragar, caer, destaparse. Si ahora recordamos al joven presidiario agarrado con emoción a una moneda, comprendemos que en el entierro, junto al cadáver comunal, exacta, duradera, camina la venganza. Cualquiera que ame a Dostoiewsky y piense en todas estas imágenes heterogéneas, pavorosas o emocionantes, puede preguntarse, perplejo, por qué el destino está borracho. Quisiera dejar entre la muchedumbre a ese genio que amamos, Luis. Pero no me es posible. Si esa imagen restablece cierto equilibrio viene después otra a quebrarlo: vamos a recordar —tal vez estemos obligados a ello— que Dostoiewsky, pobrecito, sufrió mucho en Siberia: estuvo a punto de morir a palos: también de humillación. Creíamos que nuestro maestro no recibiría más afrentas de ese lugar infame. Estábamos equivocados. Transcurren veinte años desde el día del entierro. El 2 de noviembre de 1901, la viuda Anna Grigórievna recibe una carta del jefe de la guarnición de Semipalatinks comunicándole que allí, donde él estuvo confinado, en uno de aquellos cuarteles, acaba de crearse un «Rinconcito de Dostoiewsky». ¿Cómo le vengaremos, Luis? ¿Cómo le vengaremos, Luis?

FELIX GRANDE